

Las ruinas

De chico, muchas veces me he bajado del automotor en la estación de El Soldado para ir a un cortijo que mis abuelos maternos tenían en el paraje El Rosalejo, a unas cuantas decenas de metros de un pozo de mina que todavía funcionaba y del que, sentados a la puerta del caserío, veíamos al anochecer salir a los mineros. Para entonces, lo que fue un poblado donde vivieron miles de personas era ya un montón de casas en ruinas cuya ubicación marcaba desde lejos una imponente pirámide mocha de escorias cenicientas. Esa misma vía, que venía de Puertollano y llevaba a Peñarroya, pasaba antes por El Horcajo. Según he leído en un libro, este pueblo llegó a tener 8.000 habitantes, plaza de toros y notario. A la vista de lo que queda hoy de todo aquello en el hermosísimo valle sobre el que se asienta, resulta difícil de creer.

No es menos difícil de creer lo que recuerdan el resto de las ruinas, pues El Soldado y El Horcajo no son sino pequeñas muestras de lo que sucede cada día, de lo que nos rodea por doquier. Cayeron Egipto y Roma, cayeron Atenas y la Córdoba califal, cayeron los imperios Inca y Azteca. Finalmente, se arruinaron los hombres más ricos, se arruinó la belleza de las mujeres más atractivas y el poder de los gobernantes más soberbios. Edificaremos 2.004 sobre las ruinas de 2.003.

Pero las ruinas sólo son el primer paso hacia el desmoronamiento total. Las pirámides acabarán siendo arena del desierto y todo lo que hicimos, incluido nuestro paso por el mundo, será olvidado. Aunque resulta difícil de creer, las casas se hacen sobre ruinas o con piedras que ya estuvieron en otras casas y todo puñado de tierra tiene polvo de cadáveres.

Juan Bosco Castilla